

(1) *Osculetur me osculo oris sui, quia meliora sunt ubera sua vino.* Cant. 1. v. 1.

(2) *Donec veniret desiderium collium atornorum.* Gen. 39. v. 26.

LA MUERTE.

Dicebant excessum ejus, quem completurus erat in Jerusalem. Luc. 9. v. 31.

CANTO VI.

I.

PORqué con horroroso movimiento
 La prodigiosa máquina del mundo
 Con tal ruina se mueve de su asiento
 Con un triste gemido; ó qué profundo,
 Qué negro chaos é infernal aliento
 Enfurecido, airado é iracundo
 Una noche horrorosa así ha causado,
 Y á la luz, repentina, ha arrebatado?

II.

Quando su curso hacia más violento,
 Indignado se para el Sol causando
 (Porque los ojos cierra al sentimiento)
 Tan negras sombras, que tener juzgando
 Su cuerpo por espesas, al momento
 Al tocarlas las manos, encontrando
 Un chaos espeso solo examinaron,
 Y de tan negra noche se admiraron.

III.

La Luna retirada no es posible
 Que tal portento cause, ni que impida
 Hacer del Sol la luz parte visible,
 Ni causar una noche que atrevida
 Al orbe enlute, al Cielo haga invisible,
 Y parte sin dexar no obscurecida
 Del Sol, que ella mayor en su grandeza:
 Causa mas grande pide esta estrañeza.

IV.

Indignado, del Templo el alto velo,
 Sin que instrumento humano le concite,
 De donde pende, hasta llegar al suelo,
 Con el furor del Sol tambien compite:
 Muestra su enojo, y rasga con anhelo
 Su cuerpo mismo en donde le permite
 Dar alguna señal del sentimiento,
 De los misterios el profanamiento.

V.

De blanda cera empedernida roca,
 Qual si entrañas tuviese, ¡ay Dios, q̄ efectos!
 En trozos se resuelve, y por la boca
 De rompidos sepulcros, esqueletos
 (Como quando la trompa á muchos toca)
 Con horror se levantan, y ya inquietos
 Los entes, y sin orden vacilando,
 Qual si el orbe estuviese ya espirando.

VI.

La causa escucha: el postrimero aliento
 Daba ya el hombre Dios despedazado
 Con una muerte cruel, cuyo sangriento
 Catástrofe el furor encarnizado
 Del hombre causa: ¡ay Dios, q̄ sentimiento!
 Aquesto es lo que gime lastimado
 El orbe viendo que su Autor espira,
 Asi gime, asi llora, asi suspira.

VII.

¿Este es, este es, que miro coronado
 De punzantes abrojos la cabeza,
 Con duro fierro en una cruz clavado,
 Entre facinerosos, ¡o estrañeza!
 Este es acaso el Hombre y Dios sagrado?
 ¿Y quien tuvo valor ó fortaleza,
 Quien pudo, ó se atrevió á delito tanto?
 Decid mientras que lucho con el llanto.

VIII.

Mira el Cadaver sacro destrozado
 Quan triste queda del furor sangriento!
 El tesoro infinito derramado
 De su sagrada Sangre, y macilento,
 Los cardenales que el furor airado
 A cada paso le imprimió violento,
 Azotes, llagas, y saliva inmunda;
 ¡O quanto horror el sacro Cuerpo inunda.

D

IX.

Cruelles vestigios, que infernales manos
 Al mismo rostro impresionar osaron
 Terribles bofetadas, y tiranos
 Cordeles duros con que le ligaron:
 Los huesos que atrevidos é inhumanos
 De su propio lugar le deslocaron:
 Eclipsados con sangre ¡ay dura suerte!
 Los soles de sus ojos: ¡ó cruel muerte!

X.

De oro aquella madexa enmarañada
 Con su divina sangre, reteñidas
 Las punzantes espinas: agotada
 La ira toda le dexó cosidas
 A el mismo tronco de su cruz pesada
 Las sacras manos con el fierro asidas,
 El alcazar de amor, el sacro pecho
 Roto, el furor le dexó con despecho.

XI.

Esta la herida fue donde encendido
 El furor infernal el resto ha echado:
 Ya suspiraba el último gemido:
 Ya lastimosamente havia espirado.
 La muerte ¡ó qué dolor! havia cogido
 Su rostro por asiento, ya havia dado
 Señales::::: ; mas me priva el sentimiento
 De su muerte::::: aqui falta ya el aliento.

XII.

Y con todo una lanza cruel resuelve
 (Aliento ¡ó Dios! que ya el dolor me priva)
 Abrirle el pecho, y con furor rebuelve
 Las divinas entrañas, por si viva
 Alguna parte encuentra, porque buelve
 El furor á ensayarse, y que reviva
 Pretende el hombre, por manchar el yerro,
 Nada mas cruel que tan sangriento fierro.

XIII.

¡Qual sería entonces el dolor infando,
 Quando al tocar con tus divinos ojos,
 Virgen sagrada, á tu hijo ya espirando
 Coronado de espinas y de abrojos,
 Cerca á la cruz, inmoble repasando
 De aquella muerte dura los despojos,
 Los últimos suspiros le escuchaste,
 Y á un palo infame haspado le miraste?

XIV.

Rasgado el pecho á penetrante herida
 Despues de muerto; pero así esforzada
 Constante estaba, la alma dividida
 En tantas partes, quantas lastimada
 De su Hijo mira el cuerpo, sumergida
 En un rio de lágrimas bañada,
 Que aunque copiosas, mudas, publicando
 Su constancia divina, están manando.

XV.

Con magestad modesta persevera:
 ¡O constancia, ó constancia prodigiosa!
 El llanto femeníl impropio fuera,
 Y el doliente alarido: silenciosa,
 Inmenso, cruel, infando, horroroso era
 El dolor que sufría, y valerosa
 Sola es constante, el mundo pereciendo:
 ¡Digna constancia en un dolor tremendo!

XVI.

Pero oh! que llegar miro dos Varones,
 Para baxar el cuerpo preparados,
 Y llenos de piedad los corazones,
 Ya aplicaron la escala, y lastimados
 De las crueles espinas y cambrones,
 Que sus sentidos tienen traspasados,
 Arrancan la corona: ¡ó crueldad pia!
 Ya no siente JESUS, pena MARIA.

XVII.

De aquella cruel herida renovada
 Un rio mana de sangre, y repetidos
 Mil golpes de martillo, y encaxada
 La azerada tenaza con crugidos
 Desentrañar intenta así afanada
 Los clavos remachados y torcidos,
 Que en las divinas manos ¡ó qué espanto!
 Clavó el furor: ya renové mi llanto.

XVIII.

¡O Ya del cuerpo sagrado desunido
 El duro fierro, en brazos han tomado
 El divino cadaver, y oprimido
 Con funestos abrazos, han logrado
 Tristes ósculos darle, oh! dicha ha sido,
 Uno y otro feliz pues han llegado
 A traer al que sustenta el orbe en brazos,
 Que descansa en sus ombros y regazos.

XIX.

Ay! á vos vuelvo, Virgen poderosa,
 Mayor pena os estaba preparada:
 El miserable cuerpo ella llorosa
 Destrozado le toma, y lastimada
 Le pone en su regazo, y silenciosa
 Le oprime estrechamente, y abrazada,
 La faz hermosa, el rostro de su Amado
 Al suyo junta en lágrimas bañado.

XX.

De aquel clavel de sus mejillas rojo
 Huyó toda la púrpura, y pasmada
 Con gran silencio solo por despojo
 Del dolor, en un mar se vé anegada
 De humor salado: ó temerario arrojó!
 Cada sangrienta llaga lastimada
 Lava con llanto: ¡á donde su constancia
 Pudo llegar y su perseverancia!

XXI.

¿Es este, ¡ó Virgen Madre! tu querido?
 ¿Es este tu Hijo hermoso? Esos sagrados
 Ojos explora, y rostro denegrido,
 Esas manos, y pies ensangrentados.
 ¿Es tu Hijo este que miras sin sentido,
 Y sus miembros divinos destrozados?
 ¿Es el Hijo del Padre soberano,
 Con él un Dios? ¡O prodigioso arcano!

XXII.

¡O quan distinto, ó quan desemejante
 Está de aquel de cuya hermosa vista
 Tanto tiempo gozaste! ¡O quan distante
 De aquel á cuya voz sin que resista
 Cosa ninguna, obedeció al instante
 La dura muerte, y quanto muerto alista;
 Pues rotos los sepulcros al momento
 Volvió el cadaver á espirar el viento!

XXIII.

Hircanos Tigres, cuya rabia fiera
 En lid continua contra el llanto vive,
 Rugientes Leones, cuyo llanto espera
 El africano suelo; y no recibe
 Su humor salado, con su rabia entera
 Tal catástrofe viendo, porque ávive
 Su negada piedad, los africanos
 Leones y Tigres llorarán humanos.

Aunque el pecho de azero endurecido,
 Del Infierno en la fragua cruel forjado,
 Tuviese yo, no negaría el gemido
 En tan triste ocasion justificado:
 Ahora las rocas con fatal crugido,
 Ahora las peñas con mortal cuidado
 Arrojan al poder del sentimiento
 Sus rompidas entrañas por el viento.

XXV.

Ya murió el Inmortal: ¡dolor inmenso!
 ¿Y quien pudo jamás sospechar tanto?
 A el hombre desdichado tan intenso
 Fue el amor que le tuvo, y con espanto
 Murió, para borrar en cruz suspenso
 Nuestros pecados, los borró su llanto,
 Para evitar que un padecer eterno
 Pagarles nos hiciese en el Infierno.

XXVI.

JESUS

Esta es la causa porque un ~~hombre~~ sagrado
 Murió con tantas penas afligido:
 Esta es la causa porque ha derramado
 Su sacra sangre en un madero asido:
 Esta es la causa porque vé rasgado
 Despues de muerto el pecho dividido:
 Esta es la causa de tan cruel conflicto:
 Amó, amó, y aqueste fue el delito.

Dulce Jesus, mi Amor, sagrado Amante,
 ¿Porque á los hombres tan liberalmente
 Quisiste amar de suerte, y tan constante,
 Que pródigo perdieses duramente
 Tu sacra vida? Pues si el inconstante
 Hombre pecó, debiera acerbamente
 A la llama voraz de un fuego eterno
 Pagar su atrevimiento en el Infierno.

XXVIII.

Nosotros sí tenemos merecido
 Vuestro dolor y muerte haber probado:
 ¿Acaso Vos por eso huvierais sido
 Menos feliz y bienaventurado?
 Otra vez lo diré: que fue perdido
 El amor que en el hombre has colocado:
 A mas me atrevo: pareceis demente
 Quando le amaste tan perdidamente.

XXIX.

De amor aquel exceso, que previeron
 Que en la Jerusalem se cumpliria,
 Moysés y Elías, quando aparecieron
 Del monte en lo arduo aquel dichoso día,
 Y contigo tambien le confirieron:
 Este es, y este es el mismo que movia
 En Moysés y en Elías que te escuchaban,
 Un grande asombro, y juntos se admiraban.

XXX.

Murió su muerte asi ha cumplido:
 Amó, y despues de muerto no ha dexado
 De amar: despues de muerto, y sin sentido,
 Sus heridas y pecho han espirado
 Aura solo de amor: mas ya he advertido
 Que ni la voz ni el canto ha aprovechado.
 Ahora las lágrimas al sentimiento,
 Ahora los llantos sigan el acento.



EL